

amais á doña Sol y venís todas las noches á miraros en el espejo de sus ojos. Me parece bien; pero yo tambien amo á doña Sol y deseo conocer al que he visto muchas veces penetrar por la ventana, mientras yo permanecía en la puerta.

HERN. Os juro, pues, que os he de hacer salir por donde yo entro.

D. CAR. Eso lo veremos. Ofrezco mi cariño á esta dama, y podemos partirnosle si quereis. Comprendo que abriga su alma tal tesoro de ternura y de bondad, que seguramente será suficiente para saciarnos á los dos. Queriendo averiguar, en fin, esta noche lo que tanto me empeñaba, me sorprendisteis y me escondí aquí para escucharos. Pero oia muy mal y me ahogaba muy bien, y además, me chafaba toda la ropa... por eso salgo.

HERN. Mi daga tampoco está bien en la funda y rabia por salir al aire libre.

D. CAR. Como querais, caballero.

HERN. (Sacando la espada.) En guardia, pues.

D. CAR. (Sacando tambien la suya.) Pues en guardia.

SOL. (Interponiéndose.) Dios mio! ¡Hernani!

D. CAR. Tranquilizaos, señora.

HERN. Decidme vuestro nombre. (A D. CARLOS.)

D. CAR. Decidme antes el vuestro.

HERN. Es un secreto fatal que me callo para revelárselo un dia á un hombre, el dia que mis plantas vencedoras le pisen y mi espada penetre en su corazon.

D. CAR. ¿Cómo se llama ese otro hombre?

HERN. No os importa. Defendeos.

Cruzan las espadas; DOÑA SOL cae desfallecida en un sillón. Al mismo tiempo llaman á la puerta y la dama se levanta sobresaltada.

SOL. Cielos! Lllaman á la puerta!

Cesa el combate. Sale DOÑA JOSEFA por la puerta secreta.

HERN. Quién es el que llama?

JOSEFA. Qué conflicto, Dios mio! ¡Es el duque!

SOL. El duque! Estoy perdida!

JOSEFA. El desconocido! ¡Los dos con las espadas desnudas! ¡Se estaban batiendo!

Los dos adversarios envainan los aceros. D. CARLOS se cala el sombrero y se emboza hasta los ojos. Siguen llamando.

HERN. Qué hacemos?

UNA VOZ FUERA. Doña Sol, ábreme!

La dueña vá á abrir y HERNANI la detiene.

HERN. No abrais.

JOSEFA. (Sacando el rosario.) ¡Santiago Apóstol, sacadnos de este apuro!

Siguen llamando.

HERN. (A D. CARLOS.) Ocultémonos allí.

D. CAR. En el armario?

HERN. Entrad, que yo me encargo de que quepamos los dos.

D. CAR. Gracias; se está ahí demasiado bien.

HERN. Huyamos, pues, por allí. (Indicando la puerta secreta.)

D. CAR. Huid vos; yo aquí me quedo.

HERN. ¡Vive Dios que me pagareis cara esta jugada!

D. CAR. Abrid la puerta. (A JOSEFA.)

HERN. Qué dice!

D. CAR. Os mando que abrais.

Siguen llamando; la dueña abre temblando.

SOL. Estoy muerta!

### ESCENA III.

Los mismos, D. RUY GOMEZ DE SILVA (barba y cabellos blancos, traje negro).—Criadros con antorchas.

RUY. ¡Dos hombres en el cuarto de mi sobrina y á estas horas! Venid todos aquí, que esto vale la pena de verlo. Doña Sol, creo que tres hombres somos demasiado en mi casa. ¿Qué hacen aquí estos caballeros? En tiempos del Cid y de Bernardo, iban ambos por España honrando ancianos y protegiendo doncellas; eran hombres gigantes y fuertes, á los que pesaba menos el hierro de sus armaduras que á vosotros el terciopelo de vuestros trajes; respetaban las canas, santificaban sus amores en la iglesia, no hacian traicion á nadie y conservaban el honor de su prosapia. Si deseaban casarse, tomaban á la mujer á la luz clara del dia, tomábanla sin tacha, con la espada, el hacha ó la lanza en la mano. Pero estos felones, que cometen sus fechorías durante la noche, y que á espaldas de los esposos roban el honor de las mujeres, el Cid, nuestro ilustre abuelo, los hubiera creido viles, los hubiera hecho ponerse de rodillas, y por haber degradado la nobleza, hubiera abofeteado sus blasones con la vaina de su espada. Eso harian los hombres de otros tiempos con los hombres de ahora. ¿Qué habeis venido á hacer aquí? ¿Creeis que solo soy un viejo que he de servir de risa á los jóvenes? ¿Se van á reir de mí, que he sido antiguo soldado de Zamora y que he encanecido en la guerra? Vosotros indudablemente no os reireis.

HERN. Señor duque!..

RUY. Silencio! Disponéis de toda clase de armas, gozais de jaurias y de festines, de las danzas y de todos los placeres de la juventud, y os falta un juguete, y por juguete quereis tomar á un infeliz anciano. Rompedle, pues; pero plegue á Dios que no os salten las astillas á la cara. Seguidme.

HERN. Señor duque!..

RUY. Seguidme! No es esto cosa de risa; tengo en mi casa un tesoro, que es el honor de una doncella, que es el honor de toda una familia; esta jóven, á quien yo amo, es mi sobrina, y dentro de poco será mi esposa. La creo casta y pura, pero veo que no puedo abandonar mi hogar ni una sola hora, sin que un ladron de honras se deslice en él. ¿Quereis algo más de mí? (Se arranca el collar.) Tomad, pisotead mi Toison de Oro. (Se quita y arroja al suelo el sombrero.) Deshonrad mis canas, y podreis vanagloriaros mañana en la ciudad de que sois dos jóvenes insolentes y disolutos, que habeis empañado la frente pura de un anciano.

SOL. Ah! Señor!..

RUY. Escuderos! Escuderos! ¡Venid aquí! Traedme el hacha, el puñal y la daga de Toledo. Vosotros dos seguidme.

D. CAR. (Dando un paso.) Duque, no se trata ahora precisamente de eso. Ante todo hay que tratar de la muerte de Maximiliano, emperador de Alemania.

RUY. Os burlais!

D. CARLOS, desembozándose y quitándose el sombrero.

RUY. Santo Dios, el rey!

SOL. El rey!

HERN. El rey de España!

D. CAR. Sí; Carlos I. Mi augusto abuelo, el emperador, ha muerto, segun he sabido esta misma noche, y vine á participarte sin demora esta noticia, á tí, mi leal súbdito, y á pedirte consejo, de noche y de incógnito.

RUY GOMEZ despide á sus criados haciendo una señal y se acerca al rey, al que DOÑA SOL examina con sorpresa y con temor, mientras HERNANI permanece aislado, mirándole con ojos chispeantes.

RUY. ¿Por qué tardar tanto en abrirme la puerta?

D. CAR. Venias demasiado acompañado... Cuando un secreto de Estado me trae á tu palacio, no es para comunicárselo á tus servidores.

RUY. Perdonad, señor. Las apariencias...

D. CAR. Basta. No hablemos ya de esto.

RUY. ¡Ha muerto vuestro augusto abuelo!

D. CAR. Su muerte me ha sumido en la tristeza y en la inquietud.

RUY. Quién vá á heredar su corona?

D. CAR. La pretende el duque de Sajonia, y Francisco I de Francia es otro de los pretendientes.

RUY. ¿Dónde se reunirán los electores del imperio?

D. CAR. En Aix-la-Chapelle, en Spira ó en Francfort.

RUY. ¿Nuestro rey y señor, que Dios guarde, no ha pensado nunca en el imperio?

D. CAR. Siempre.

RUY. A vos solo os corresponde.

D. CAR. Lo sé.

RUY. Vuestro augusto padre fué archiduque de Austria, y el imperio tendrá presente que era abuelo vuestro el que acaba de morir.

D. CAR. Además soy ciudadano de Gante.

RUY. En mis años juveniles tuve el honor de ver á vuestro ilustre abuelo; yo soy el único que sobrevivo de todo un siglo; han muerto ya todos los que en él vivieron. Era un emperador magnífico y poderoso.

D. CAR. Roma se decide por mí.

RUY. Era valiente sin ser tirano; la corona le sentaba muy bien. (Se inclina y besa la mano á D. CARLOS.) Os compadezco, señor!

D. CAR. El Papa desea recobrar la Sicilia, pero el emperador no puede poseer la Sicilia, y si me elige, hijo dócil, le devolveré á Nápoles. Poseamos el águila, que despues... ya veremos si le dejaré roer los alones.

RUY. Con gran alegría veria el veterano del trono ceñir su corona á su ilustre nieto. ¡Con qué júbilo lo presenciaria si viviese!

D. CAR. El Padre Santo es hábil. Qué significa la Sicilia? Es una isla que cuelga de mi reino, un girón que apenas conviene á España. Por eso me pregunta: "¿Qué harias, hijo mio, de esa isla atada al cabo de un hilo? Tu imperio está mal construido; dame unas tijeras y cortemos." Gracias, Santísimo Padre, porque de esos girones, si me ayuda la fortuna, he de coser más de uno al sacro imperio, y si me arrancaran algunos, remendaria mis Estados con otros ducados y con otras islas.

RUY. Consolaos, señor; en el imperio de la justicia, los muertos aparecen más santos y más augustos.

D. CAR. El rey Francisco I es un ambicioso, y en cuanto ha muerto el emperador ha alzado la vista hasta el im-

perio. ¿No posee á la Francia cristianísima? Como la herencia es pingüe, no es extraño que la codicie. Decía al rey Luis el emperador mi abuelo: "Si yo fuera Dios Padre y tuviese dos hijos, haría Dios al primogénito y al segundo rey de Francia." ¿Crees que Francisco pueda tener algunas esperanzas?

RUY. Es un rey victorioso.

D. CAR. Pero para conseguirlo era preciso burlar las leyes. La Bula de Oro prohíbe que sea elegido un extranjero.

RUY. Entonces, señor, vos sois rey de España.

D. CAR. Pero soy ciudadano de Gante.

RUY. La última campaña ha encumbrado mucho al rey Francisco.

D. CAR. El águila que vá á brotar de mi cimera puede también desplegar las alas.

RUY. Vuestra alteza sabe latín?

D. CAR. Mal.

RUY. Pues es una lástima, porque á la nobleza alemana le gusta que la hablen en latín.

D. CAR. Se tendrán que contentar con un castellano altivo, porque, creedme, duque, cuando la voz habla alto, poco importa la lengua en que hable. Voy á Flandes, y deseo, mi querido Silva, volver á España emperador. El rey de Francia lo removerá todo, por lo que debo anticiparme y partir en seguida.

RUY. ¿Nos dejais, señor, sin purgar antes á Aragon de esos bandidos que al abrigo de sus montañas levantan la atrevida frente?

D. CAR. Ya he dispuesto que el duque de Arcos acabe con ellos.

RUY. ¿Pero habeis dado también la orden al capitán de la gavilla de que se deje exterminar?

D. CAR. Quién es ese bandido? ¿Cómo se llama?

RUY. Lo ignoro, pero dicen que es muy audaz.

D. CAR. Solo sé que ahora se oculta en Galicia. Ya enviaré alguna fuerza para que se apodere de él.

RUY. Pues falsas noticias creen que está aquí.

D. CAR. Serán falsas... Esta noche me hospedo en tu casa.

RUY. Me dispensais, señor, inmerecida honra. Honrad todos al rey mi huésped.

El duque hace formar en dos filas á los criados que llevan las antorchas hasta la puerta del fondo. Interin se acerca DOÑA SOL á HERNANI. El rey los cela.

SOL. Mañana á media noche estarás debajo de mi ventana y me llamarás dando tres palmadas.

HERN. Sí, mañana.

D. CAR. (Mañana!) (A DOÑA SOL con galantería.) Permitidme que os ofrezca la mano para salir. (El rey la conduce hasta la puerta.)

HERN. (Llevando la mano al puñal.) ¡Cuándo te usaré!

D. CAR. (Volviendo y acercándose á HERNANI.) Os concedí el honor de cruzar vuestra espada con la mía; por muchos motivos sospecho de vos, pero el rey Carlos ódia la traición. Idos, que me digno proteger vuestra fuga.

RUY. (A D. CARLOS.) ¿Quién es ese caballero?

D. CAR. Es de mi séquito y se vá.

Salen con los criados: el duque precede al rey, llevando en la mano una antorcha encendida.

#### ESCENA IV.

HERNANI.

De tú séquito soy! dices bien... ¡Voy atrás de tí de día y de noche, siguiendo las huellas de tus pasos y con el puñal en la mano! Persigo á tu raza representando á la mia... ¡y ahora descubro que eres mi rival!... Estuve un instante indeciso entre amar y aborrecer. Mi corazón no era bastante capaz para abrigaros á ella y á tí; amándola, olvidé el odio que te profeso; ¡pero has venido á recordármelo, y el amor, que inclinaba la incierta balanza, la hace caer por la parte del odio! Has dicho bien; ¡soy de tu séquito! Ninguno de los cortesanos que te lamen las manos y que te besan los pies te seguirá tan tenaz ni tan asiduamente como yo: los cortesanos van tras de tí por cosas baladíes, por juguetes de relumbron, y yo voy para arrancarte el alma del cuerpo y para hacerte saltar la sangre de las venas. Vé andando, que yo te seguiré. Me acompaña la venganza, hablándome al oído; espío, escucho y sigilosamente sigo tus huellas; te persigo. De día no podrás ¡oh rey! volver la cabeza sin verme inmóvil y sombrío turbar tus solemnidades, y de noche no la volverás tampoco sin encontrar fijos en tí mis ojos fulgurantes!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

### El bandido

#### EN ZARAGOZA

Patio en el palacio del duque de Silva. A la izquierda se ven las altas paredes del palacio, en las que hay un balcon; bajo de él una puerta pequeña. A la derecha, y en el fondo, casas y calles. Es de noche. En las fachadas de algunos edificios hay luz en varias ventanas.

#### ESCENA PRIMERA.

D. CARLOS, D. SANCHE SANCHEZ DE ZÚÑIGA, conde de Monterey; D. MATÍAS CENTURION, marqués de Almunia; DON RICARDO DE ROJAS, señor de Casapalma.

Llega D. CARLOS seguido de los tres caballeros, que van con sombreros gachos y embozados en capas largas, que dejan ver por debajo las puntas de las espadas.

D. CAR. Hé aquí la puerta y hé aquí el balcon... Me hierve la sangre! ¡Hay luz en todas partes menos donde yo la espero!...

D. SANCHE. Señor, volviendo á ocuparnos de este traidor, ¿cómo es que lo dejásteis partir?

D. CAR. No quise prenderle.

SAN. Pues quizás era el jefe de los bandoleros.

D. CAR. Si lo era, no he visto nunca testa coronada tan altiva.

SAN. Decís que se llama...

D. CAR. No recuerdo bien... Su nombre termina en i.

SAN. Se llama Hernani?

D. CAR. Eso es, Hernani.

SAN. Pues él es.

D. MATÍAS. Es el jefe de los bandoleros.

SAN. No recordais lo que decia?

D. CAR. No podia oír bien lo que habló, oculto en aquel maldito armario.

SAN. ¿Pero cómo le soltásteis, teniendo en vuestro poder?

D. CAR. Conde de Monterey, no me interrogueis más. Eso no me interesa. No voy tras él, sino tras de su dama, porque estoy verdaderamente enamorado de sus hermosos ojos, que son dos espejos, dos rayos, dos soles. Del diálogo que sostuvo con ella solo oí estas palabras: "Hasta mañana á la media noche." Oí lo esencial. Ahora, mientras el galán bandido se entretiene en alguna fechoría, vengo antes que él y le robo la paloma.

D. RICARDO. Hubiera sido, señor, la jugada completa robar la paloma y matar al buitre.

D. CAR. Excelente consejo, conde; sois muy listo.

RIC. Señor, ¿con qué título os place que yo sea conde?

SAN. Su alteza se equivocó.

RIC. No; el rey me ha nombrado conde.

D. CAR. Basta; dejé caer ese título, recogedlo y en paz.

RIC. Gracias, señor.

El rey se pasea por el fondo, mirando con impaciencia hácia las ventanas iluminadas. Los otros hablan entre sí en el proscenio.

SAN. (A D. MATÍAS.) Vaya un título! Ser conde por equivocacion.

MAT. ¿Qué hará el rey de la dama cuando se apodere de ella?

SAN. La nombrará condesa, despues dama de honor, y cuando tenga un hijo de ella, lo hará rey.

MAT. Rey un bastardo! Comprendo que le haga conde, pero no que pretenda sacar un rey de una condesa.

SAN. Es que la ascenderá á duquesa y á todo lo que él quiera.

MAT. Los bastardos se reservan para los países conquistados, de los que se les nombra vireyes; para esto es para lo que sirven.

D. CAR. (Mirando con cólera las ventanas iluminadas.) Vive Dios! Que esas luces que brillan en la oscuridad me parecen ojos celosos que me están espiondo. ¡Qué largos son los momentos de espera! ¡Quién pudiera acelerar las horas! ¡Maldito balcon! Cuándo te iluminarás? Sal pronto, doña Sol, á brillar como un astro en las tinieblas de la noche. (A D. RICARDO.) ¿Qué hora será?

RIC. La hora de la cita está próxima.

Se ilumina el balcon de DOÑA SOL.

D. CAR. Ah! Ved la luz en él! ¡Ved la sombra de la dama al través de los cristales! Voy á hacer la señal que espera; voy á dar las tres palmadas. Pero para que no se alarme viendo aquí tanta gente, retiraos á la esquina inmediata y guardadme las espaldas. Compar-tamos estos amoríos; la dama para mí y el bandido para vosotros.

RIC. Muchas gracias, señor.

D. CAR. Si viene á estorbarme dadle de estocadas, que mientras yo me llevaré á la dama; pero no lo mateis, que es un valiente y no quiero cargar con el peso de la muerte de un hombre.

Los tres caballeros se inclinan y se van. D. CARLOS dá tres

palmas; al sonar la última asoma DOÑA SOL al balcón, vestida de blanco y con una lámpara en la mano.

ESCENA II.

D. CARLOS y DOÑA SOL.

SOL. Eres tú, Hernani?

D. CAR. (Me conviene no hablar.)

Vuelve á dar las tres palmadas.

SOL. Bajo al momento.

Cierra el balcón, y poco despues abre la puerta pequeña que dá á la calle, apareciendo en la escena con la lámpara y cubierta con un manto.

Hernani?

D. CARLOS se cala el sombrero y se acerca precipitadamente á ella.

SOL. (Dejando caer la lámpara.) Dios mio! ¡No es él!

Quiere retroceder, pero el rey la detiene por el brazo.

D. CAR. Doña Sol!

SOL. No es él! Desdichada de mí!

D. CAR. Si esta voz no es la de tu amante, es en cambio la voz amorosa de un amante real.

SOL. El rey!

D. CAR. Ordena, pide, manda, pondré un reino á tus piés; porque el hombre que desdeñas es el rey tu señor, es Carlos tu esclavo.

DOÑA SOL pugna por desairse.

SOL. Socorro!

D. CAR. No te amedrentes, que no es el bandido el que te sujeta, sino el rey.

SOL. El bandido sois vos, que no os avergonzais de vuestra accion. ¿Estas son las hazañas que han de dar fama al rey? ¡Venir por medio de un engaño y de noche á robar una doncella! Mi bandido vale cien veces más que vos. Rey de Castilla, si el hombre naciese en el sitio que merece, si Dios concediera las gerarquías midiéndolas por el corazon, él seria rey y el bandido vos.

D. CAR. Doña Sol!

SOL. ¿Olvidais que mi padre era conde?

D. CAR. Vos sereis duquesa.

SOL. No me avergonceis. Nada puede haber de comun entre los dos, que yo soy mucho para ser vuestra manceba y muy poco para ser vuestra esposa.

D. CAR. Sereis princesa.

SOL. Rey D. Carlos, dedicad vuestros amoríos á las mujerzuelas que los merecen, porque si insistís en vuestros propósitos, os demostraré que soy dama y que soy mujer.

D. CAR. Pues bien, compartireis el trono conmigo; sereis reina, emperatriz,

SOL. No caeré en esas redes. Además, prefiero vivir errante con mi Hernani, fuera de la sociedad y de la ley, compartiendo su destierro y su persecucion, á sentarme como emperatriz en vuestro trono.

D. CAR. Qué feliz es ese hombre!

SOL. Es pobre y vive proscripto.

D. CAR. Ser pobre y estar proscripto le favorece, porque así le adorais. Mientras yo vivo solo, á él le acompaña un ángel. Pero doña Sol, es que me odiais?

SOL. No os amo.

D. CAR. (Cogiéndola una mano con violencia.) Pues nada me importa que no me ameis; vendreis conmigo, porque lo deseo y porque soy el más fuerte; vendreis conmigo porque soy rey de España y de las Indias.

SOL. (Debatiéndose.) ¡Señor, tened piedad de mí! Ya que sois rey, podeis elegir entre las marquesas ó las duquesas de vuestra corte, que se verian halagadas consiguiendo vuestro cariño. Poseeis las Castillas, Aragon, Navarra, Murcia, Leon y muchos reinos más, y fuera de España, Flandes y las Indias. Poseeis un imperio en el que nunca se pone el sol, y el pobre proscripto no me tiene más que á mí, ¿y quereis robarle lo único que posee?

Se hinca de rodillas á los piés del rey.

D. CAR. Ven conmigo; nada escucho. Si me correspondes, te doy á elegir cuatro de mis reinos españoles.

SOL. Solo quiero de vos... este puñal.

Se lo arranca del cinto. El rey la suelta y retrocede.

Atreveos ahora á dar un solo paso.

D. CAR. Qué hermosa está así! No es extraño que ame á un rebelde.

Vá á dar un paso y DOÑA SOL alza el puñal amenazándole.

SOL. Dad un paso más y os mato y me mato.

El rey retrocede; DOÑA SOL se vuelve hácia la calle y grita con fuerza.

Hernani! Hernani!

D. CAR. Callad.

SOL. Socorro!

D. CAR. Señora, ya que á tal extremo me arrastrais, os digo que para obligaros á venir conmigo me acompañan tres hombres de mi séquito.

HERN. (Saliendo por detrás del rey.) Os habeis olvidado del cuarto.

Vuélvese el rey y vé á HERNANI, que está inmóvil, con los brazos cruzados bajo su larga capa y con el ala del sombrero levantada. DOÑA SOL dá un grito y corre á abrazarle.

ESCENA III.

Dichos y HERNANI.

SOL. Hernani, sálvame!

HERN. Cálmate, vida mia!

D. CAR. (¿Por qué habrán dejado pasar mis amigos á este capitán de bandoleros?) Monterey! (Llamando.)

HERN. Vuestros amigos han caido en poder de los míos y es inútil que reclaméis la ayuda de sus espadas impotentes. Por cada tres que vengan á ayudarnos vendrán sesenta de los míos, y cada uno de los sesenta vale tanto como vosotros cuatro. Por lo que es mejor que los dos arreglemos nuestras cuentas. ¿Os atreveis á poner la mano en esta doncella? Rey de Castilla, eso ha sido una imprudencia, eso fué una cobardía.

D. CAR. (Con desden.) No tolero reproches de un bandido.

HERN. Os chanceais! No soy rey; pero cuando un rey me agravia y además se chancea, mi cólera sube hasta la altura de su orgullo. Sois un insensato si abrigais la más mínima esperanza. (Cogiéndole del brazo.) ¿Sabeis qué mano es la que os aprieta? Oidme: vuestro padre hizo morir al mio, y os odio; me habeis arrebatado mis bienes y mis títulos, y os odio; amais á la mujer que amo, y os odio con toda mi alma.

D. CAR. Está bien.

HERN. Esta noche, sin embargo, que me olvidaba de vos, solo sentia el anhelo y la necesidad de ver á doña Sol. Anhelante y enamorado, acudo aquí y me encuentro con que ibais á robármela. Cuando os habia olvidado, os interponeis en mi camino; os repito que sois un insensato. Habeis caido en vuestras propias redes; no podeis huir ni encontrar quien os socorra: qué vais á hacer?

D. CAR. (Con altivez.) No consiento que me preguntéis.

HERN. No quise que os hiriera un desconocido, ni que escapárais á mi venganza! Defendeos. (Sacando la espada.)

D. CAR. Soy vuestro rey y señor: matadme, pero no espereis que me defienda.

HERN. Pronto habeis olvidado que anoche se cruzaron vuestras espadas.

D. CAR. Ayer la crucé con vos porque ignoraba quién érais y porque vos no conociais mi gerarquía; hoy nos conocemos ambos.

HERN. No importa, defendeos.

D. CAR. No acepto el duelo. Asestádmelo.

TOMO III.

HERN. ¿Creeis que para mí los reyes son sagrados?

D. CAR. ¿Creeis, bandidos, que vuestras viles gavillas pueden extenderse impunemente por las ciudades? Creeis que, llenos de sangre y de crímenes, podreis pasar por generosos, y que nosotros, víctimas de vuestras violencias, ennobleceremos vuestros puñales con el choque de nuestras espadas? Eso jamás; ya que el crimen os posee y lo arrastrais tras de vosotros, no podemos batirnos.

HERNANI, sombrío y pensativo, dá vueltas en la mano durante unos instantes al puño de la espada; despues se vuelve bruscamente hácia el rey y rompe la espada contra el suelo.

HERN. Idos; ya nos encontraremos.

D. CAR. Está bien. Dentro de pocas horas volveré al palacio y llamaré al juez. Han puesto á precio vuestra cabeza.

HERN. Ya lo sé.

D. CAR. Desde hoy sé que sois vasallo rebelde y traidor, y os aviso que os haré perseguir sin cesar. Os procribiré del reino.

HERN. Ya está decretada mi proscricion; por fortuna Francia está muy cerca y me servirá de asilo.

D. CAR. Voy á ser emperador de Alemania, y entonces os procribiré del imperio.

HERN. Me quedará el resto del mundo para desafiar vuestra cólera, y siempre encontraré algun asilo donde no alcance vuestro poder.

D. CAR. Y si fuera mio el mundo?

HERN. Entonces siempre podria refugiarme en la tumba.

D. CAR. Desbarataré tus insolentes maquinaciones.

HERN. La venganza es coja y camina lentamente, pero al fin llega.

D. CAR. (Con desden.) ¡Verdaderamente es grave delito atreverse á la dama de un bandido!

HERN. Reflexionad que aun estais en mi poder, y pensad, futuro César, que si yo apretara esta mano leal, que es generosa para vos, aplastaria en su huevo vuestra águila imperial.

D. CAR. A ver si os atreveis!

HERN. Idos! Huid de aquí, pero tomad antes mi capa.

Se quita la capa y se la echa en los hombros del rey.

Mi capa os libraré de alguna puñalada; creerán que sois Hernani.

D. CAR. Ya que me hablais de ese modo, no me pidais nunca gracia ni perdón.

Váse D. CARLOS embozado en la capa del bandido.

## ESCENA IV.

HERNANI Y DOÑA SOL.

SOL. Ahora huyamos sin tardanza.

HERN. Veo que estás resuelta á aceptar mi desgracia y á compartir mi vida y mi muerte: noble propósito, digno de un corazón enamorado y fiel; pero para llevarme alegre á mi retiro el tesoro de hermosura que codicia un rey, para que me sigas y unas tu existencia á la mía, para arrastrarte conmigo, no es tiempo aun: veo la horca demasiado cerca.

SOL. Qué dices?

HERN. El rey, á quien he desafiado cara á cara, vá á castigarme porque le perdoné. Huyó y ha entrado ya quizá en palacio y ha llamado quizás á sus guardias, á sus criados, á sus caballeros y á sus verdugos.

SOL. Ah! ¡Me haces temblar, Hernani! Pues si eso es así, apresurémonos; huyamos.

HERN. Ha pasado ya la hora de huir juntos. Doña Sol, cuando te revelaste á mis ojos, tan bondadosa y tan enamorada, te ofrecí aquello de lo que yo disponía, las montañas, los bosques, el negro pan del proscrito, la mitad del lecho de musgo en que reposo; pero hoy solo puedo ofrecerte la mitad del cadalso, y... perdona ¡oh, Sol!, el cadalso es solo para mí.

SOL. Sin embargo, también me lo habías prometido.

HERN. (Arrojándose á los pies de DOÑA SOL.) ¡Ángel mio! En este instante en que quizás la muerte se me aproxima, declaro que, aunque proscrito y errante, soy feliz y soy digno de envidia porque me has amado, y porque amándome has bendecido mi frente maldita.

SOL. Hernani mio!

HERN. ¡Bendita mil veces la suerte que hizo nacer esta preciosa flor al borde de mi abismo! No te lo digo á tí, se lo digo al cielo que me oye, se lo digo á Dios.

SOL. Permíteme que te siga.

HERN. Cometería un crimen arrancando la flor al caer en el abismo. He respirado su perfume y me basta. Vete. Anuda tu vida á otra vida; sé esposa del anciano; te desligo de tus juramentos... déjame volver á mi oscuridad; y tú, olvida y sé dichosa.

SOL. No, yo te sigo; quiero la mitad de tu mortaja; no me separo de tí.

HERN. (Abrazándola.) ¡Oh, déjame huir solo!

Después de abrazarla se separa de ella bruscamente.

SOL. (Con sentimiento.) ¡Huyes de mí, después de haberte entregado la vida! ¡Me rechazas, y á pesar de la pasión que me juras no me permites la dicha de morir á tu lado!

HERN. ¡Estoy desterrado, estoy proscrito, soy un hombre funesto!

SOL. Eres un ingrato!

HERN. Pues bien, me quedo; lo quieres y no me separo de tí. Ven, ven á mis brazos. Estaré á tu lado hasta que tú quieras y lo olvidaré todo. Siéntate en este banco.

DOÑA SOL se sienta y él se coloca á sus pies.

La luz de tus ojos ilumina los míos. Entóname algún cantar como otras noches, en que tus pestañas temblaban hasta dejar caer en mis labios las blancas perlas de tus lágrimas. Seamos felices! Bebamos, ya que la copa está llena. Esta hora nos pertenece; olvidémonos de todo lo demás. Háblame y embriégame. ¿No es verdad, sol de mi cielo, que es dulce amar y ser amados, ser dos, estar solos y requerirse de amores de noche, cuando todo duerme? ¡Déjame dormir y soñar en tu seno, vida de mi vida!...

Oyense tañidos de campanas desde lejos.

SOL. (Levantándose asustada.) Oyes? Tocan á rebato.

HERN. No, anuncian nuestra boda.

Arreacia el campaneo. Se oyen murmullos confusos; se ven antorchas en las calles y luces en las ventanas.

SOL. Huye! Sálvate! Gran Dios! ¡Parece que incendian á Zaragoza!

HERN. Tendremos boda con antorchas.

Se oyen gritos y choques de espadas.

SOL. Esa es la boda de los muertos, la boda de las tumbas.

HERN. (Reclinándose en el banco.) Volvamos á soñar.

UN MONTAÑÉS. (Corriendo con la espada en la mano.) Señor, los esbirros y los alcaldes desembocan en la plaza en tropel. Alerta, monseñor.

HERNANI se levanta.

SOL. (Pálida.) Ya te lo decía yo.

MONT. Socorro!

HERN. Aquí estoy; no temas.

GRITOS A LO LEJOS. ¡Muera el bandido!

HERN. (Al montañés.) Dame la espada. Adios, doña Sol.

SOL. Ya te perdí! Dónde vas? Ven, huyamos por esta puerta.

HERN. No puedo abandonar á mis amigos.

Aumenta el tumulto y los gritos.

SOL. Esos clamores me aterran. (Reteniendo á HERNANI.) Piensa que si tú mueres, yo moriré también.

HERN. (Abrazándola.) Un beso...

SOL. Dueño mio! Esposo mio!

HERN. (Besándola en la frente.) El primero!

SOL. Y quizás el último!

Parte HERNANI y DOÑA SOL cae sobre el banco.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO

## El anciano

## EL CASTILLO DE SILVA EN LAS MONTAÑAS DE ARAGON

La galería de retratos de la familia de SILVA; salon, cuyo decorado lo forman dichos retratos, encastrados con preciosas molduras, que coronan emblemas y escudos ducales.—En el fondo una puerta alta y gótica.—Entre los retratos hay colocadas grandes panoplias de varios siglos.

## ESCENA PRIMERA.

DOÑA SOL, vestida de blanco, en pie junto á una mesa, y D. RUY GOMEZ DE SILVA, sentado en un sitial de roble.

RUY. Por fin llegó el día! Dentro de una hora dejarás de ser mi sobrina para ser mi esposa y podré abrazarte como marido. Me has perdonado ya? Confieso que no tuve razón para ruborizarte y sospechar de tí á primera vista; no debí condenarte sin haberte oído; pero las apariencias engañan y obligan al hombre á ser injusto. Me encontré con dos mozos gentiles; no debí dar crédito á mis propios ojos... hija mia, pero cuando se llega á mi edad...

SOL. Siempre me lo recordais, y yo nunca os hablo de aquel suceso.

RUY. Pues yo sí; quiero confesar mi error. Nunca debí sospechar de una dama que se llama Doña Sol de Silva, por cuyas venas corre pura sangre castellana.

SOL. Eso sí.

RUY. Escucha: no es dueño de sí mismo el que está enamorado como lo estoy yo de tí, y además es viejo. Hay momentos en que es preciso ser celosos, y hasta perversos, porque somos viejos; porque la gracia, la belleza y la juventud de los demás nos causan miedo y

parece que nos amenazan; porque los demás nos dan celos que nos hacen avergonzar de nosotros mismos. Cuando veo pasar á un pastor joven, mientras canta por el verde prado, y yo sueño por mis sombrías avenidas, me digo á mí mismo muchas veces: "De buena gana daría yo mis almenadas torres, mi antiguo palacio ducal, mis bosques y mis sembrados, mis rebaños y mis títulos, todas mis ruinas, por su cabaña nueva y su frente juvenil. Daría todo lo que poseo por ser joven y hermoso como tú. ¡Pero estoy delirando! Ya tengo un pié en el ataud."

SOL. Quién sabe!

RUY. Sin embargo, créeme; los caballeros jóvenes aman frívolamente; la doncella que los ama se muere por ellos y ellos se rien de ella. Como los pajariños de vistosas y ligeras alas, tienen mudable el plumaje del amor. Cuando un viejo ama, ama profundamente y conserva hasta la muerte joven el corazón. Mi cariño no es como un juguete de cristal, que brilla y tiembla; es un cariño severo, arraigado, sólido y paternal, de madera de roble, como mi sillón ducal. Hé aquí cómo yo te amo, y además sé quererte de otros modos, como se ama á la aurora, á las flores y á los cielos. Al verte tan pura, tan brillante y tan hermosa, sonrío de júbilo y se engalana mi alma como para eterna fiesta.

SOL. (Ah!)

RUY. El mundo vé siempre con buenos ojos que cuando un hombre se extingue poco á poco, y vá á tropezar con las piedras del sepulcro, un ángel, una mujer pura vele por él, lo abrigue y se digne sufrir al inútil anciano, que pronto morirá. Serás para mí ese ángel con corazón de mujer, que regocije el alma del pobre anciano y soporte el peso de la mitad de sus últimos años, siendo su hija por el respeto y su hermana por la piedad.

SOL. Acaso en vez de precederme me sigais, señor, que no es razón para vivir ser joven. Muchas veces los viejos se retardan y los jóvenes van delante.

RUY. No nos ocupemos más de estas ideas sombrías y dime: ¿cómo es que no estás vestida para la ceremonia? Apresúrate á engalanarte con el traje de boda, que la hora se acerca ya.

SOL. Tiempo me queda.

Entra un paje.

RUY. Qué quieres?

EL PAJE. Señor, espera un peregrino.